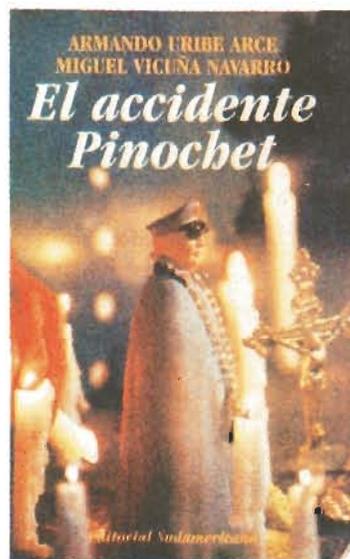


El dedo de Uribe

Armando Uribe se ha tornado imprescindible. En un país de pesos ligeros e intelectuales que se llenaron de telarañas en una carrera nada sorda de dinero y fama y poder, Uribe se ha plantado en el medio. Conoce bien a los suyos, los conoce desde adentro, y ello le permite arrimarse de lo más campante y aguarles un poquito la fiesta lanzándoles cáscaras de avellanas a la hora de la cena. En un tiempo en el cual los intelectuales, como los sociólogos, ya no saben muy bien para qué carajos sirven, ni para quién trabajan, Uribe ejerce un noble verbo: despotricar. O sea, hinchar pelotas, molestar. De seguro a estas alturas sabe que no va a cambiar el mundo, y a quién le importa. Lo suyo es ver, husmear, detectar chancros y ratoneras: despotricar.

Uribe odia lo que odia y rabia como rabia, pero en alguna parte uno tiene la impresión de que lo hace con una sonrisa apenas perceptible y un rictus de sarcasmo mientras observa la polis y a sus actores, con todos sus años a cuestas y con esa cierta conmiseración que le cuadra a un poeta. Yo acuso, dice Uribe, como Zola, apuntándonos a todos con el mismo dedo que hace algunos años desenfundó Ricardo Lagos. (Lagos es mucho más que los dos partidos que lidera, y ocurriría lo mismo si encabezara diecisiete partidos. ¿Por qué? Por el famoso dedo, que acabó siendo su principal capital. ¿Es posible que nadie la haya dicho que debía olvidarse de que está en un país de componendas y que tenía la obligación moral y política —e incluso estratégica— de desempolvar nuevamente el mentado dedo en el affaire Pinochet?).

Individuo de aspecto calcinado, pero a la larga incombustible, Uribe publica ahora su séptimo



El accidente Pinochet
Armando Uribe y Miguel Vicuña
Editorial Sudamericana

libro en un año, esta vez junto al filósofo y poeta Miguel Vicuña, en una *conversación de purgatorio*, para decirnos con lucidez su rabia en el tiempo de la estulticia. El accidente Pinochet nos propone al senador vitalicio como un arquetipo en el sentido junguiano, un arquetipo universal de pulsiones inconscientes e irracionales. “Hay, y ha habido, y habrá, el caso de personas que encarnan en vida y en muerte emociones primordiales que movilizan para bien o mal de los pecados a los seres vivos, alterando incluso los hechos para acomodarlos a su atroz parusía”. (Diccionario: “Parusía: Advenimiento glorioso de Jesucristo al fin de los tiempos”).

Ni los poderes públicos ni los fácticos (atroz tecnicismo fraguado por chilenos) quieren en realidad que Pinochet vuelva. Parecen estar de acuerdo en que vuelva, pero no. Así es este país. Las cosas son y no son.

Uribe fustiga la ignorancia, que campea y corroe por estos territorios. Dice que la ignorancia de lo que realmente está en juego con el caso Pinochet es mayor en Chile que en ninguna otra parte del mundo, y alcanza desde los líderes políticos al arzobispo de Santiago. “La población en general en Chile, lo que llaman opinión pública, lo que podría ser el electorado, ha sido mantenida en situación de ignorancia; más grave que eso, el que los actores, por sus palabras y sus conductas, han demostrado una ignorancia necia, a veces con ribetes de alta malicia. Merece que lo reiteremos porque acaso también compartimos tal horrible espíritu que es la condición previa

para el surgimiento de un ambiente fascista”.

El poeta nos recuerda que Aylwin calificó esta democracia como imperfecta, y Frei R-T como incompleta. El dice otra cosa: lo que hay es una dictadura imperfecta. Los sectores dirigentes y gobernantes del país, sostiene, “se han demostrado ineptos, y esto es una cosa trágica, porque ello dice algo que va mucho más allá del caso Pinochet: esto dice que hay una mediocridad mandando y dirigiendo el país, desde los poderes públicos hasta los poderes fácticos, que no los hace capaces de efectivamente dirigir y dominar el país en el sentido de sus intereses. Esto es terrible, uno puede estar en desacuerdo con esos intereses, pero querría, por lo menos por una satisfacción intelectual y hasta estética, que los defendieran bien, ¡pero ni siquiera eso!”.

Uribe y Vicuña se preguntan: “Considerando a todos los actores involucrados, a los poderes fácticos, el militar, el eclesiástico, empresarial, gremial, a los poderes formales del estado, la clase parlamentaria en su conjunto, ¿por qué todos están de acuerdo, o parecen estarlo, en que la única solución razonable para este ‘accidente’ está en que Pinochet regrese? ¿Por qué les hace falta Pinochet? ¿Por qué resulta indispensable que Pinochet esté en Chile?”. La respuesta que sugiere el libro es: la irracionalidad. Cabe aquí, sin embargo, una discrepancia: ni los poderes públicos ni los fácticos (atroz tecnicismo fraguado por chilenos) quieren en realidad que Pinochet vuelva. Parecen estar de acuerdo en que vuelva, pero no. Así es este país. Las cosas son y no son. Todo cambia para seguir siendo igual. •